

## IV. TODO FLUYE

Los fragmentos más divulgados de Heráclito y las exposiciones sumarias ofrecidas en manuales de filosofía, nos dejan la impresión de que, para el filósofo efesino, todo estaría expuesto a cambio y fluir incesantes. Bajo este aspecto se lo describe como el reverso de la doctrina eleata y como el más antiguo expositor de un relativismo completo en lo lógico, ontológico y metafísico. Sin embargo, esta doctrina tan exagerada del devenir no se deriva directamente de la lectura completa de los fragmentos. En gran parte ha contribuido a difundir esta interpretación lo que sobre Heráclito dice Platón en *Cratilo*. Por de pronto el πάντα ῥεῖ (todo fluye) como lema sintético del absoluto fluir no se encuentra en los fragmentos heraclíteos; pero sí en el diálogo mencionado (401-402) "la opinión de Heráclito, que todas las cosas fluyen y nada permanece" y, más adelante, "se supone que Heráclito enseñó que todas las cosas están en movimiento y que nada reposa; las compara a la corriente de un río, y dice que no se puede descender en las mismas aguas dos veces".

Antes de exponer las diversas interpretaciones de nuestro filósofo, demorémonos en el análisis de aquellos fragmentos que, de una manera más directa, han influido para que a Heráclito se lo considerara como el filósofo de la inconstancia del ser.

Pero hagamos antes una salvedad, valedera para las doctrinas subsiguientes: ignoramos en qué forma se corresponden los diversos fragmentos. Son entregas de segunda mano, entresacados de contextos en los que escritores de tendencias a veces opuestas lo mencionan en pro o en contra de alguna afirmación. Se trabaja, por lo tanto, en un mutuo aislamiento de fragmentos, con el propósito de adivinar en ellos un sistema; se podrá conjeturar la proximidad de unos a otros, creer que algunos actúan a manera de consecuentes o precedentes; pero son suposiciones más o menos bien fundadas. En todo caso, quizá el método más seguro consista en analizar en conjunto, a la búsqueda de recíprocas aclaraciones, aquellas sentencias que apuntan a temas o ideas similares; nos indicarán coincidencias, evolución u oposición.

Innegablemente el fluir de lo concreto, el cambio incesante es una condición de la experiencia humana. Hasta nos inclinamos a pensar que, sin mutación incesante, no habría experiencia. Una paralización intuitiva repugna al ser humano que existe siempre en tránsito, modelado a cada instante por el espacio y el tiempo que jamás, mientras se viva, finalizan su tarea. Es ésta la primera observación consciente que se revela a todo filósofo. ¿Soy yo

y es el mundo en el cual vivo un inapelable fluir o puedo buscar una relativa seguridad en algo permanente? Es el punto de partida indispensable para la metafísica y la búsqueda de lo permanente en el hombre. Los filósofos griegos previos a Heráclito, denominados naturalistas, dieron una solución sencilla y en parte experimental, al llamar principio de la mutabilidad al agua, al aire y al infinito, pero señalan ya un anhelo trascendente. No sabemos hasta qué extremo ahondaron la presencia de lo fluyente; si procuraron agotar su sentido o si descansaron rápidamente en una explicación que los alejara del problema.

El énfasis con que Heráclito expone la fluidez comprueba, por de pronto, su preocupación por lo que es inseparablemente mundano y humano. Equivale a retener el intelecto en lo experimental y sensible, vía ineludible para todo recto filosofar. Para que la estructuración ideológica resulte admisible, se precisa partir de esta base. Hay en Heráclito no sólo la comprobación de un hecho evidente, sino una demora en su contemplación que parece convertirse en desaliento y luego en un conformismo pesimista. Como si quisiera escanciar de la mutación y fluidez íntimas esencias; y luego, comprobada la imposibilidad, se retirara desalentado de que más allá fuera posible abarcar principios explicativos. Diríamos que intenta agotar el sentido de lo humano y temporal sin paliaciones, sin falsos conformismos. Tal vez por eso es que sus fragmentos a veces destilan una resignada tristeza, un matiz de

desengaño, el desánimo sobre lo que ahora es y pronto dejará de ser. Se comprende por eso que a un tan atento observador del hombre, como racional reflejo de la inconstancia de la naturaleza, se lo haya tildado de pesimista.

Aquello que nos toca más de cerca, que constituye nuestra misma naturaleza, no se presta a la objetivación. La mejor forma de darlo a comprender, para que del ejemplo propuesto pasen los agentes a la propia experiencia, es la metáfora: en lo ajeno nos vemos a nosotros y el mundo en el cual vivimos. Nada hay más fluyente, por lo menos ante los sentidos, que el agua: el agua que corre por el arroyo, por el río y que, aun en el mismo mar, se inquieta incesantemente en olas. El agua y su gran expresión el inmenso Océano agitado, han servido a los poetas y filósofos de todos los tiempos para describir la característica inconstancia del mundo y del hombre. Como las aguas, dice Heráclito, "entramos y no entramos en los mismos ríos: somos y no somos" (fragmento 49 a). Un dato directo de la experiencia, tomado del mundo exterior, pero que repercute en el alma, como un anuncio consciente de nuestra inestabilidad. El hombre es en el particular similar a la naturaleza: un ser que de continuo está integrándose y desintegrándose.

Expresa en forma más directa el mismo pensamiento, aunque no tan emotiva, la siguiente sentencia: "Diversas aguas fluyen para los que se bañan en los mismos ríos. Y también las almas se evaporan en las aguas" (fragmento 12). El alma simboliza lo más íntimo del hombre, aque-

llo que lo constituye en un yo. Si se evapora como las aguas o fluye como ellas, indicio es que está expuesta a la desaparición. Dése al fragmento un sentido materialista, de que el alma es algo corpóreo similar al agua, o quedémonos en una simple metáfora, lo que por ahora nos interesa destacar es la fluidez. Hasta qué extremo la percibía, cómo la veía en el individuo y en la raza humana, se desprende de este texto: "Una vez nacidos, desean vivir y dan con su destino —o mejor descansar— y dejan tras de sí niños para que engendren otros destinos" (fragmento 20). La vida humana genéricamente es una cadena sin fin; el eslabón individual quisiera evadirse y encontrar su descanso. Cada uno cumple con su destino (ya esta palabra insinúa el fatalismo vital); y antes de entregarse al descanso, la muerte, deja en el mundo otros seres que cumplirán también sus destinos.

#### V. EL FUEGO

Estos filósofos primitivos reflexionaban a base de una experiencia directa, ingenua y sincera. Cada uno de ellos buscaba expresar en un elemento de la naturaleza el principio organizador. El agua y el río han golpeado en forma impresionante la atención de Heráclito; pero la consunción, el dejar de ser, a pesar de las apariencias de continuidad, se expresa mejor con el fuego. La brillante y fulgurante combustión que disipa en el aire formas y estruc-

turas en un humo cada vez más diáfano, hasta que se identifica con la atmósfera, expresa adecuadamente los propósitos de Heráclito. "Todas las cosas se cambian en fuego y el fuego en todas las cosas, así como las mercancías por oro y el oro por mercancías" (fragmento 90). ¿Para Heráclito, el fuego es el elemento irreductible, principio y fin de todo ser? No lo creemos. Si adopta este elemento como forma mítica es porque se presta, mejor que cualquier otro elemento, para dar a comprender su pensamiento; y quizá también influido por una tradición que venera al fuego, don de los dioses, forjador de la cultura y de la civilización. Prometeo lo robó a Zeus para librar a los hombres y hacerles conscientes. Es uno de tantos símbolos, como el aire y la tierra. "El fuego vive de la muerte del aire, y el aire de la muerte del fuego; el agua vive de la muerte de la tierra, y la tierra de la del agua" (fragmento 76).

El elemento ígneo se convierte en el tópico de referencia, siempre que quiere expresar vivamente la decadencia de la realidad. "Este mundo... fue siempre, es ahora y será fuego siempre viviente, que se prende y apaga medidamente (fragmento 30). Como si la única ley de los seres fuera la inestabilidad, cuya imagen más adecuada la proporciona el fuego que de continuo está destruyéndose a pesar de su aparente permanencia. Su sustancia o materia se permuta. "Dios es día y noche, invierno y verano, guerra y paz, hartura y hambre; pero adopta diversas formas, al igual que el fuego, cuando se mezcla con espe-

cias, que toman el nombre de acuerdo con la fragancia de cada una de ellas" (fragmento 67).

Quienes han querido ver en Heráclito influencias órficas y pitagóricas y, por ende, una tendencia mística y religiosa se basan, en parte, y con razón, en esta preferencia por el elemento ígneo. Hefaiostos o el sol que favorece la germinación y el crecimiento de plantas y animales, que alumbra y aleja las tinieblas, concentra el culto de los primitivos. Apolo a veces se identifica con él. Para Heráclito sería el creador de la justicia, a semejanza de la divinidad: "El sol no sobrepasará sus medidas. De lo contrario, las Erinias, servidoras de la justicia, lo descubrirán" (fragmento 94. Para algunos pitagóricos el sol era divino. Los astros titilantes en el firmamento eran, para la creencia común del pueblo griego, divinidades que regían los destinos humanos. Uno de los motivos por que se condenó a Sócrates fue el rechazo de esta tradición. Es la expresión instintiva de la admiración y el reconocimiento por lo que significa para que subsista la naturaleza. En todo tiempo, el misticismo ha simbolizado en el sol y en el fuego la destrucción de lo impuro, aquello que limpia al alma, como el fuego material consume lo impuro de los cuerpos. El fuego, en los sacrificios, aniquila la víctima en honor y holocausto a la divinidad.

Heráclito, sin embargo, a pesar de su insistencia en el fuego, no nos deja la impresión de ser un adocenado repetidor de la tradición. Este instinto general de buscar en el sol o en el fuego el principio de todo ser, asume en

él la condición de un primer dato de experiencia para explicar la continua fluidez de las cosas. Razona lo que, hasta entonces, había sido simplemente instintivo. Religión, mito y filosofía están de acuerdo en sus directas y primeras observaciones; con todo, las conclusiones son diversas. De este común pensar se deduce una primera consecuencia que ya vimos insinuada en algunos fragmentos antes citados. Si todo fluye y está en acontecer, sea por intermedio del agua o, con más vivacidad, en el fuego, a la postre se produce una total identificación. ¿Es ésta la conclusión a que quiere llegar nuestro filósofo? Anunciamos, por ahora, una primera impresión sin ahondar el tema. Hay cinco fragmentos, del 58 al 62, que presentan esta presunta identificación; pero en ninguno de ellos se menciona en qué o dónde se realiza. Es evidente que para un filósofo que insiste en el análisis de lo huidizo del cosmos, tanto en lo físico como en lo espiritual, no existirá inclinación a atribuir solidez y firmeza al bien, a la virtud y a una presunta inmortalidad. Desfallecen aparentemente los ánimos para el establecimiento de una metafísica.

## VII. ARMONIA DE LOS CONTRARIOS

La experiencia enseña que en el fluir, tanto material como lógico y espiritual, los contrarios se suceden a los contrarios. No hay simultaneidad en los mismos espacio y tiempo de realidades mutuamente incompatibles. Los sentidos nos enseñan que, en el continuo devenir, unas cualidades se suceden a otras cualidades; y nos informamos de las relaciones existentes entre ellas. Lo mismo puede afirmarse, en el entendimiento; ni aun abstractamente, somos capaces de coordinar como idénticas nociones contrarias. Si así no fuera, se destruiría la facultad de pensar. En los contrarios, por lo tanto, advertimos la suce-

sión, quizá la mutua dependencia, pero notamos también que es imposible la simultaneidad. Si observamos el universo, teniendo en cuenta estas reflexiones, llegamos a la conclusión de que en todo momento positivo existe una negación de lo contrario.

Heráclito, después de haber destacado la mutación y la fluidez de las cosas, era preciso que nos ofreciera una explicación de los contrarios. En realidad, esta explicación será su íntima razón. ¿Qué nos enseña, en primer lugar, la experiencia sobre la fluidez y la mutación? La total uniformidad, el ser único inmutable y eterno, como lo imaginara Parménides, hace imposible un mundo de múltiple variedad y reduce a la nada el conocimiento del mismo. Para nosotros que, en la experiencia, nos basamos únicamente en los sentidos, el mundo es lo que es porque varía, porque no se estabiliza en una modalidad única. Conocer también es un progresar a través de razonamientos que pasan de unos conceptos a otros conceptos.

Una primera conclusión es que, por el hecho de existir la discordia equivalente a afirmación y negación, son posibles el mundo real y el conocimiento. "Lo contrario, dice, se pone de acuerdo; y de lo diverso la más hermosa armonía, pues todas las cosas se originan en la discordia" (fragmento 8). Es una llamada a la experiencia contra toda presunta explicación, por ejemplo la de Parménides, que a base del razonamiento negaba la diversidad a pesar de que, a la postre, débese encontrar la concordia. Si así no pensara, se quedaría en el flujo absoluto, más o menos

tal como lo entreveía Spengler. "Los hombres ignoran que lo divergente está de acuerdo consigo mismo. Es una armonía de tensiones opuestas, como la del arco y la lira" (fragmento 51). ¿Es que sin discordia, sin tensión, sin guerra, no habría cosas, realidades experimentables? Tal parece ser el pensamiento de Heráclito.

Con razón se ha dicho que Heráclito es el fundador de la dialéctica, que Platón y Aristóteles definían como el esfuerzo de reunir la multiplicidad en la unidad y dividir la unidad en multiplicidad. En los fragmentos citados, después de destacar el movimiento incesante, advierte que sin tensión ni discordia nada existiría; nos comprueba una modalidad del ser de las cosas en movimiento. Lo interesante ahora es captar la ley íntima que rige esta dialéctica. Discordia y guerra gobiernan todos los procesos individuales y sociales. Incluso en el orden colectivo se precisa de un movimiento interno que lo agite y lo vaya conformando de nuevo; si así no fuera, se destruiría en la inacción. El hecho que en forma más patente nos descubre el cambio incesante del orden social es la guerra. "Debemos saber que la guerra es común a todos y que la discordia es justicia y que todas las cosas se engendran en discordia y necesidad" (fragmento 80).

Sin esta dialéctica incesante las cosas dejarían de ser, se corromperían. Serían como el brebaje que se descompone, caso de que no se agitara (fragmento 125). Además, en la diversidad está el principio del placer. El pasar de un contrario a otro contrario, nos da a gustar aquello

que enhelábamos en la expectativa. "Es la enfermedad la que hace agradable la salud; el mal, el bien; el hambre, la saciedad; el cansancio, el descanso" (fragmento 111). La vida es gozable y es vida, precisamente porque no se estabiliza; la razón y el conocimiento avanzan en el cambio y el movimiento. El pesimismo y el optimismo parten del mismo principio; todo estriba en el énfasis que se otorgue a los contrarios. Con las sentencias anteriores, Heráclito supone que nada es concebible ni llega a ser sin su contrario. Tanto el placer como el dolor y otros contrarios están relativamente en un plano de igualdad. Se suceden, y el uno no existiría ni sería concebible sin el otro.

De ahí se puede deducir casi por igual tanto una conclusión optimista como pesimista, pues parecería que, a la postre, todo se iguala. En un plano más abstracto se afirma esto en el siguiente fragmento: "Son uniones: el entero y lo no entero, lo concorde y lo discorde, lo consonante y lo disonante y del todo el uno y del uno el todo" (fragmento 10). Los puestos no se dan simultáneamente, por lo menos en la experiencia; la oposición no estriba en la coexistencia, sino en la sucesión. Intenta acercarnos a la comprensión del principio del cual proceden los opuestos. En forma antes bien genérica lo indica al decir: "Si atienden no a mí, sino a la razón, estarán de acuerdo en que la sabiduría consiste en que lo uno es todo" (fragmento 50). Buscar este principio coordinador que, a la postre, explica el devenir y la sucesión de los

opuestos equivale a indagar la verdad, como afirma en el fragmento 1º: "Porque, a pesar de que todas las cosas están sometidas al devenir de acuerdo con esta razón, parece como si los hombres no tuvieran de ello ninguna experiencia..." En la búsqueda de este devenir y el principio que explica el devenir y la oposición de los contrarios, se comprobará la capacidad del filósofo.